

Despedida del capitán Amat, veterano de cuatro Olimpiadas

Medalla de plata para el hockey español, que perdió por la mínima ante India

MOSCU (Antonio Alférez, enviado especial). Al final del partido, unos dos mil indios saltaban alborozados en el graderío del pequeño estadio del Dynamo, escenario de la final olímpica de hockey. Gritos en inglés y hurdí, cuerpos envueltos en saris y vaqueros, que bailaban y gritaban: «¡India, India!». Era la sexta medalla de oro olímpica conseguida por este país, el mejor discípulo —con los paquistaníes— que han tenido esos maestros, en casi todos los deportes, que fueron los británicos.

Junto a la fiesta india, el reducido grupo de españoles, con alguna bandera nacional y varias «senyeras» apenas armaban ruido, como había ocurrido durante el disputado encuentro, ni siquiera cuando el legendario Amat, capitán de la selección y veterano de cuatro Olimpiadas, marcó dos goles y puso en vilo el resultado final.

El fantasma del desencanto era previsible; sobre el papel sólo habían venido dos buenas selecciones de hockey a Moscú: India y España. Si al final hemos perdido con la India, ¿hasta qué punto podría estar «devaluada» esta medalla de plata, galardón máximo, por otra parte, que consigue nuestro hockey, pues a lo más lejos que se había llegado era el bronce de Roma? Más de un derrotista mencionará las ausencias de Alemania occidental, Holanda, Nueva Zelanda, Argentina, etc., pero, de hecho, la teoría de que sólo era importante India, hay que puntualizar con que en este deporte nada se puede asegurar de antemano; y si no que se lo pregunten a los soviéticos, que llevan tres años con su selección de baloncesto concentrada, que además jugaban en casa y al final se van a tener que contentar con la medalla de bronce si ganan su encuentro de hoy, como es previsible.

En ese sentido, la selección española de hockey ha mantenido una línea de gran regularidad, no concediendo nada más que un empate en la fase clasificatoria, mientras que la India, que al final enmendó su despiste, sufrió dos empates. El partido de ayer tuvo un final emocionantísimo, aunque, por lo visto, no se llegaron a conmovir demasiado los puñados de españoles presentes. Amat nos contaba en tono agríduce el resultado del partido, que para él supone el final de una dilatada etapa deportiva como jugador y capitán del equipo español: «Si no se hubiera

concedido el cuarto gol indio, en clara falta...». Si alguno de los muchos tiros a la puerta india en el último cuarto de hora hubiera entrado...». En fin, no pudo ser y al final tuvo que ser de plata el galardón. Los rusos ganaron el bronce y bien fuerte que aplaudían a su equipo en la ceremonia de entrega de medallas. Por cierto, que a todos nos sorprendió cuando izaron las banderas que en el mástil del segundo clasificado se levantara la bandera del COI y no la del Comité de España, que es como se ha presentado aquí nuestra representación nacional; concretamente, cuando la medalla de bronce de López Zubero, la bandera que se izó en el poste correspondiente fue la de los aros olímpicos y la enseña nacional bicolor.

Volviendo al tema de las hinchadas es sorprendente la sordina con la que actúan nuestros escasos turistas cuando se deciden a

acudir a algunos de los estadios o recintos en los que interviene alguno de nuestros deportistas. Ayer al mediodía, en el encuentro España-Italia, de baloncesto, cada equipo contó con un apoyo distinto y desigual: a los italianos les animaba un numeroso grupo de compatriotas que enarbolaban banderas y jerseys con los colores nacionales y que gritaban «Dino, Dino», cada vez que el capitán Dino Meneghin avanzaba y hacía una nueva canasta. Los españoles tuvieron un apoyo sorprendente, pero previsible: los numerosos espectadores soviéticos, que sabían que la única manera de que su equipo (después de los tropezones frente a Italia y Yugoslavia) llegara a la final, era de que Italia perdiera frente a España. Los gritos de ánimo sonaban más en ruso que en castellano. Al final, como ya saben, no pudo ser, y entre el buen juego de los italianos y las arbitrariedades del árbitro griego, señor Dimou, rusos y españoles nos quedamos sin pastel.

Anoche, los italianos volvieron a darse cita en buen número en la Plaza Roja, que es la máxima atracción que ofrece el «Moscú la nuit»: tomar el fresco mientras se contempla el relevo de la guardia cada vez que el reloj de la torre Spasskaya, da las horas, y hablar de las emociones del día y los planes para la jornada siguiente. Anoche, a los grupos felices de italianos e indios, había que sumar los numerosos mexicanos, que ya hablaban de la marcha de hoy, en la que una vez más tienen puestas máximas esperanzas. Para los españoles, la fiesta dorada, el galardón de Abascal y Noguer, quedaba un tanto distante, en la lejana Tallinn.

Una final de hockey que tuvo calidad y emoción

Espléndidos campeón y subcampeón olímpico

MOSCU (Mercé Varela, servicio especial). En un deporte colectivo cuando se llega a una final olímpica, después de más de medio siglo de competir en los Juegos, se posee una experiencia y una serenidad que pesa decisivamente en el resultado del encuentro. Si alguna duda cabía en ello, esta soledad tarde en que los equipos indio y español han disputado el título de hockey, se ha disipado totalmente.

Aunque la totalidad de los jugadores indios no habían disputado jamás una final olímpica, su hockey, su concepción del juego, la experiencia acumulada por su equipo a lo largo de las ocho finales del torneo olímpico de hockey que este país asiático lleva disputadas ha salido a relucir ayer tarde, y en ello ha descansado buena parte de las razones que han dado merecidamente el título al equipo de la India.

La veteranía también se hereda. Nos lo han demostrado, tanto los asiáticos como el equipo español (no olvidemos que en el conjunto hispano se han alineado veteranos con clase y experiencia, como Juan Amat, Fábregas, Ricky Cabot e incluso Miguel Ángel Chaves). Pero el hockey hispano carece de la tradición olímpica de los campeones. También a nuestros veteranos les ha pesado como una losa la responsabilidad de una final olímpica. Como si este deporte, nacido en Inglaterra, pero desarrollado y cristalizado en la India, hubiese infundido un segundo aliento a los jugadores asiáticos por haber sabido conservarlo como deporte nacional; el equipo azulado ha demostrado que su estilo, su eficacia y su juego no sufren demérito alguno en la pesada responsabilidad de disputar una final. Y, por el contrario, el equipo español ha tardado más de medio partido en encontrar su ritmo y demostrar que era un digno finalista y un espléndido subcampeón olímpico.

CONJUNTO CONTRA TECNICA INDIVIDUAL.—Esta final de hoy estaba claramente planteada entre el juego mucho más colectivo, homogéneo, rápido, de los españoles frente a la mejor técnica, mayor clase indi-

vidual y más relevantes figuras del equipo de la India. En los primeros compases del encuentro, las líneas españolas no encontraban su lugar, sus acciones carecían de la indispensable ligazón que caracteriza al juego de nuestro equipo, y la responsabilidad del envite atenazó a nuestros jugadores, cortándoles las alas de su juego abierto y ofensivo.

La primera preocupación de nuestro equipo fue contener a los endiablados indios, que se llevaban la bola prendida de su «stick».

Trató de evitarlo Juan Arbós, que se convirtió en el policía de la figura asiática, el desconcertante Shahid Mohamed, en un marcate agotador y eficaz.

Doblando la misión del egarense, el centrocampista Fábregas cuidaba más de cortar los ataques indios que de lanzar las acciones ofensivas de Chaves y de Garralde, que era por donde podía llegar la deseada apertura de nuestra delantera.

Bien pronto pudo verse que a la endiablada habilidad de los medios y atacantes indios no se replicaba con la debida serenidad.

«COMPLEJO INDIO».—La primera parte fue aburrida y sin color. La delantera india divertía al público, pero no lograba elevar el tono del encuentro. Los dos goles que marcaron los jugadores azules fueron producto de un castigo máximo, muy bien lanzado por Surinder Singh, y el segundo, a la salida de un córner, por el mismo jugador, al empalmar muy bien el rechace de la defensa hispana. El temor del equipo español le asfixió en su mitad del terreno, sin que apareciera ni un momento la indispensable audacia

Felicitación del Rey

El presidente del Comité Olímpico Español, Jesús Hermida, ha enviado a José María Cambra, Delegado del equipo español de hockey sobre hierba, los siguientes telegramas de felicitación por la consecución de la medalla de plata en la olimpiada de Moscú:

«Su Majestad el Rey, enterado haber conseguido equipo hockey hierba medalla de plata, me encarga os envíe su cordial felicitación.»

«El presidente Suárez, informado de haber conseguido medalla de plata, desea por mi conducto hacer llegar a todo el equipo su cordial enhorabuena.»

En su propio nombre, Jesús Hermida, envió el siguiente telegrama: «La medalla alcanzada hace nos sintamos orgullosos, valorando vuestro esfuerzo y entrega. Recibid un abrazo y mi más cordial felicitación.»